VOL. IX

BIBLIOTECA ILUSTRADA

DE AUTORES CONTEMPORÁNEOS

ANT
XIX
1273/8

M. BARRIONUEVO

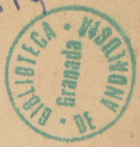
JUANELA

Ilustraciones de Alberti.

DE VENTA
POR MAYOR Y MENOR
LIBRERIA
DE ANDRES BOTAS
VERGARA 10.
MEXICO.

JUANELA

15 cms. R.71.814



BIBLIOTECA ILUSTRADA

DE AUTORES CONTEMPORANEOS

VOL. 9.°

JUANELA

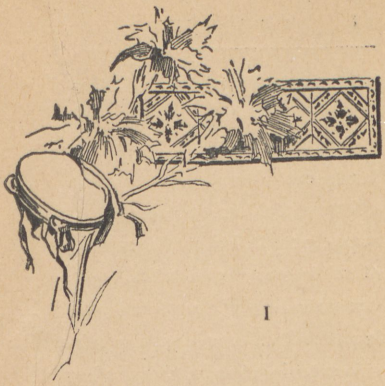
POR

M. MARTINEZ BARRIONUEVO

ILUSTRACIONES
DE ALBERTI

MADRID.—1895.

IMPRENTA
de la
Revista de Navegación y Comercio,
Marques de Urquijo, 3.



I

¡Olé. Hagan sus mudanzas las buenas mozas de la serranía. ¡Viva el jolgorio! ¡Salgan á relucir panderetas y palillos, y todo lo demás que Dios crió para el aumento de la algazara! ¡A la fiesta! ¡A la fiesta, que allí están Juanelilla y Pacurro los mozuelos más barbianes y jacarandosos que nacen bajo el sol deAndalucía! ¡A la fiesta, que

han bailado Joaquín y la Colasa Felipe y Antoñita!

Los ojos están chispeantes; las voces desentonan; la copa del moscatel corre de mano en mano; la tarde declina dulcemente; el sol traspone, y va triste, como con ganas de esperar un poco y ver la maravillosa pareja que hace círculo entre los concurrentes que hay bajo la parra. Juanela se dispone á bailar en aquel momento, y el tío Jenaro está con los ojos húmedos, las manos temblonas y la cabeza caída, sentadito en su sillón, del que no se mueve nunca, porque la parálisis no gusta de ello.

La parra es grande; entre las tupidas hojas prenden los dorados racimos, como gracia de Dios que asoma por entre un fresquísimo

cielo de nubes verdegueantes; cerca del emparrado hay una gran ventana, cuyo herraje forma penachos arriba y calados y qué se yo cuantas cosas; se enroscan á la reja los verdes tallitos, como flexibles culebras que van con sus retoños tejiendo encaje galano; más arriba, otra ventana sin hierros y bordeada de macetas con claveles y galas de Francia; sencilla jaula entre las dos, con un canario dentro; tiene fama el canario por lo charlatán y murmurador. ¡Que pregunten allí por el pajarón de Juanela! De un tronco del emparrado pende, de cinta azul, limpia alcarraza, sudando gotitas frías como perlas que hizo Dios brotar de aquel barillo deslumbrante por el estropajo, para consolación del sediento y honra

y prez de las comarcas andaluzas; cuelgan asimismo otros tiestos de albahaca y rodea las paredes hasta la altura de la cenefa, el clásico reate de cañas; entre el cañizo y la pared cruza la enredadera de hojas finas y sedosos tallos, que bordan la fachada con suaves campanillas azules.

Formábase de tal manera el círculo de bailarines, festejantes y curiosos, que la parra cubría á la una mitad y la otra quedábase bajo el cielo, sin ninguna clase de intermediario. Los mozos de labor íbanse arrimando poquito á poco, al saber que Juanela bailaba y nada menos que con Pacurro, el simpar Pacurro, el mozo más guapo de la comarca, el de más pecho de todos los contrabandistas andaluces, con

aquellos ojazos despidiendo llamaradas de un fuego que volvía locas á las mujeres, y más aún á Juanela. Tosieron unos, bebieron otros, el de allá gruñía una copleja, el de acá batía palmas, éste arreglábase con los palillos, el otro con el metal, aquél con el guitarro y rompió al fin el baile la pareja.

Vestía Pacurro chaqueta corta, calzón flamante, faja de seda azul, polainas de becerro con pespuntes primorosos y su rica camisa con chorrera cañonada. Veíase en Juanela su hermoso cabello peinado con más gracia que nunca; tenía corpiño de seda azul como la faja del novio; vestido de color anaranjado, con lucientes adornos de morillas negras, haciendo con la falda gran contraste; media fina de seda

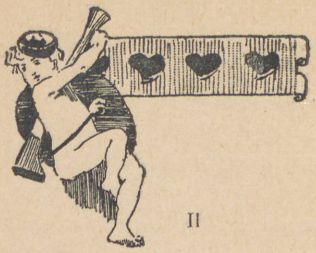
con bordados azules y zapatitos de tafilete, que eran un hechizo. Dios manda á ciertas criaturas á la tierra para tormento de los humanos, y tal había sucedido con la amada de Pacurro; mirábanla todos atentamente, con envidia ellas y con rabia ellos; con rabia por Pacurro, á quien hubiesen hecho pedazos; también la miraba Pacurro apasionadamente, y ella inclinaba la vista: hicieron preciosas mudanzas al son del guitarro y los palillos, y entre la risa y el barullo, la chacota de éste, la copla de aquél, el canturreo de las muchachas, el freno jalear de los mozos, la bullanga, el jaraneo, la mirada furtiva y el pellizco que vamos callando, seguía el baile afanosamente la entusiasmada pareja.

Con los brazos en alto y gran repiqueteo de castañuelas que en las manos tenía, adornadas con lazos de colores, iba marcando Pacurro las figuras de la moza garrida, y ella ¡gran Dios! ciñendo la falda á la pierna como la tentación agarra senos al alma, entreabiertos los labios, el rostro encendido, el corazón latiéndole acelerado, la naríz que se le hincha como caballito que se desboca, seguía y revolvíase, se enroscaba los brazos por el cuerpo, arqueándolos por encima de la cabeza y formándose con ellos marco de nácar para su rostro puro, suave, gachón, con aquellas estrellitas de los ojos que resplandecían en el alma de Pacurro; y más sigue y más se revuelve, y más avanza; doblégase, gira, se enrosca, salta

con movimientos livianos al par que puros, retrechera, *jacarandosa*, aérea, vértigo en forma de visión, nuncio de voluntuosidades terribles, presentimiento de castas melancolías; afanosa, palpitante, representando con todo su explendor y exuberancia de vida, la juventud, el gracejo, el donaire de la trinitaria de Málaga y la macarena de Sevilla; las que tienen como rocío de la gloria, amapolas en la cara, en el andar gentileza, garbo en el cuerpo, en la boca ambrosías, sal en la frase, infierno en los ojos y en el corazón tormentas; las que llevan terciado el mantón de Manila, corales en el cuello, la falda corta, la media fina, el pie sutil, el zapatito bajo, de tabinete, el brazo en la cadera, la risa y el dicho agudo en

los labios, y los peines y las flores en el pelo, caminando dichosas, con bofetadas para quien las ofende, consuelo para el que sufre, limosna para el que pide, y para el mozo á quien camelan amor, celos, tempestades, locura, alma, vida y la gloria de Dios en un beso.

El mosto pareció haberse fundido en las cabezas y estaban todas las imaginaciones acaloradas; las estrellas llenaron el cielo, después los rayitos de luces caían sobre los chaparros y las higueras como quebrados hilos de luz suave; lanzaba el grillo sus agudas notas entre las zarzas y una brisa fresca y saturada de finísimos perfumes acariciaba con dulzura los rizos de las mujeres, que respiraban ansiosas como fatigadas por el placer de la fiesta.



II

Pacurro era mirado por todos con interés é inquietud; en el único semblante que se leía la felicidad era en el arrebatado de Juanela. Conceptuábase felíz. Había bailado con Pacurro á quien idolatraba con un cariño de las entrañitas, que le tenía el sentido vuelto; aquél Pacurro, no ya querido sino reverenciado como los santos de las iglesias, y no me dejará mentir alguno, cuando diga,como ya lo hago,

que en su nido primoroso tenía Juanela dos altares de flores, uno para la virgen de la Soledad y otro para el retrato de Pacurro, y todas las mañanas los lindos dedos de la mozuela, limpios y salerosos y cuajados de sortijas, cambiaban las flores dando después un besillo á cada una de las imágenes.

Allá se iba el tío Jenaro con su hija en lo de querer á Pacurro; tenía piques con Juanela, y afirmaba que más que Jenaro nadie quería á Pacurro; porque no y retenó, y que no le contradijesen á él, porque otavía era un bestia y se acordaba de sus buenos tiempos, y sabía ir, lisiado y todo, al rincón de su alcoba y cojer su encaro, aquel que se tragaba con honra una libra de plomo, y se daba de tiros

con quien por delante se le pusiese. ¡Ea!

Oíanle sin chistar todos, porque además de tener muy malas pulgas el viejo, le querían entrañablemente; pasaban aquellas pasioncillas y era Jenaro otra vez el viejecito dichoso que se conmovía hasta las entrañas con una caricia de Juanela, y hasta más á lo hondo con alguna barrabasada de Pacurro.

Volviendo á lo del baile, se comentaba mucho entre tanto una historia ocurrida la anterior noche, de la cual historia no sé, por desgracia, muchos detalles; en uno de los grupos había cierta moza robusta, de pechos cerriles y fieras pantorrillas que hablaba con otra más fina y de más delicado tipo.

Oyendo á la primera estaba la muchachita, mirando tristemente á la pareja que bailaba. Decíale entonces la otra:

—Pero ¿no ves Clarilla? ¡Si no parece verdad! ¡Un alijo que vale miles de miles! ¡Qué! ¡Si se armó en esta ciudad un escándalo...! ¡Suponte! ¡Y mira tú qué valor! Todito el mundo sabe que ha sido él y se está bailando ahí lo mismo que un trompo; así son los hombres: tontones y cegatos, que no ven las cosas cuando están feas y se pierden por una lagartija; porque vamos á ver, ¿por qué está aquí Pacurro? Nada más que sonsacado por Juanela, porque parece mentira que haya mujeres en esa *positura.*

Seguía la otra mozuela mirando

F. Alberts

á los que bailaban y oyendo á la parlanchina; mordía á la vez con los pequeños dientes una punta de su delantal, y con un piececito que era la gala de Dios por lo donairoso y bien calzado, con suela señoril, tacón alto y tabinete fino, golpeó impaciente el suelo.

—Oy—dijo de pronto á la habladora.—Te has figurado una cosa que no es, y la Juanela todito que se lo merece. ¡Válgame Dios! ¿Y qué culpa tiene ella de que yo me haya enamorado como una puerca de ese indino de Paco, que ni vé tanto así de cosa, ni distingue, ni sabe agradecer? La culpa me la tengo yo por burrona que soy, que me quedo chalá en cuantito que me mira, y ya me pongo muriendo de una cosa que me dá, que me quita

el sentido y la compostura de la boca para decirle callando lo que es penita.

Calló un momento y mirábala compasiva la otra.

—Si no fuera—dijo—porque se estima tu calidad y vamos sabiendo lo que tú quieres á Paco, y que te ciegan los quereles, no era chica zujurda la que se armaba aquí esta tarde. ¡Qué te quites, ea!

—Y echándose atrás en un gracioso movimiento ambos flecos del mantón de Manila, prosiguió en esta forma:

—Pues no te has puesto tú muy allá, niña. ¿Y á mí qué? ¡Por tu bien lo digo, y nada más que por tu bien; pero yo no soy más realista que el rey! ¿Juanela tiene mucho sentido, y mucha calidad, y

mucha decencia, y mucho dengue y mucho rango?

—Bueno, mujer, bueno: cuando tú lo dices lo sabrás mejor que nadie... Y déjame ya, que me voy cargando, y apáñate como puedas, que yo en nadita me meto. ¡Tendría guasa, y la mujer de Dios cómo se se pone! La culpa soy yo quien se la tiene; yo que no me estuve muy retecallada; y si Paco echó un alijo, como si fuera ninguno, ó como si fueran ciento de miles; sólo que una tiene que ser mala, y meterse la lengua en estofado para no *incomodar* á las señoritas principales! ¡Ya tú ves! ¡Lo que me figuraba! Que tú no tienes tu poquito de miramiento; te ofuscas y te irritas conmigo. ¡Y á mí qué! ¿Que Pacurro quiere á Juanela? Bueno. ¿Que

se está rondándola toda la noche? Bueno. ¿Que mete un alijo muy grande? Bueno. ¿Que los andan buscando los civiles, y que yo me enteré, que para eso tiene una su novio civil? Bueno, mejor que rete-mejor. Que sigan chillando en la ciudad D. Fulanito y D. Menganito, porque Pacurro el contrabandista no está preso. Que lo prendan y que lo ahorquen, y que el demonio se lleve la trampa.

—¿Pero qué es lo que tú dices de trampa, y demonio y de alijo y de que los civiles le buscan? A mí no me dá la gana de que lo prendan, porque no me dá; y soy yo capaz de comerme al mundo, porque no, y nó: que no me lo pongan en presidio, que entonces ya nunca lo veré y me moriría de veras; quiero

verlo más que sea con berrinche y llorando, porque te dé gusto con el camelo de su Juanela. Y que se pongan aquí los guardias para llevárselo, que entonces se vería quien ofende á Pacurro y quien se hace pedazos por él, más que alguien me diga descocada y que una pierde el recato y la conveniencia.

—Así me gusta, y no lo que me pareció que habías tú pensado, de que yo hablaba malamente de Juanela por envidia. ¡Vamos que nó! Que cada unita es reina en su casa y en su hombre, y si Juanela tiene estampas y finos procederes, que me miren á mí una *miajita* nada más, sin que sea alabarneciosa, y encontraréis la gracia á manojos y la alegría á puñados y todo

lo demás conveniente—que en buscándole se encuentra en una mozuela de miramiento y vergonzosa como Dios manda —Estaba la moza con el rostro encendido y acionando con un gracejo que no desmentía sus afirmaciones.—Mira tú—acabó,—y sábete para que lo sepas, y te lo digo á tí sola, más que yó sé que pronto lo sabrá todo el mundo, que Paco ha herido esta noche pasada á uno de la ronda, y que está la herida de muy mal ver, y que por eso lo buscan los civiles.

—¡Ay, Dios! contestó Clara; ¿y está aquí ese hombre y nadie le dice que se vaya? Hacía en esto la mozuela gran esfuerzo para no llorar, y retorcíase las manos desesperadamente.

Sonsacado, hija: lo que yo te digo, sonsacado.

—Que te calles tú, que la Juanela es incapaz de tener mala sangre. Levantóse la enamorada, fuese á Juanela y la tocó en un hombro. Sudorosa Juanela y encendida del baile, irradiando de ventura y con los ojos humedecidos aún de emoción por las caricias mudas de los ojos de Pacurro, volvió el rostro y se encontró con Clarita; se contemplaron un momento profundamente y cubrióse Clarita de grana hasta los ojos y Juanela agachó los suyos y se arregló el corpiño y algunos pliegues de la falda.

—Tengo que hablarte.

—Bueno, dijo la novia de Pacurro. ¿Cuándo?

—Ahora, ven.

Viéronlas alejarse á poco, y Pacurro particularmente no perdía de vista á Juanela, experimentando cierta inquietud. A los pocos instantes volvía presurosa y pálida como un muerto; retiróse Clarita llorando como una Magdalena.

—¡Paco! dijo la novia. ¡Paco de mi alma, véte por Dios, y yo te perdono el que otra persona haya tenido que decirme primero que tú las cosas que á tí te pasan!... ¡Yo te lo perdono, porque sé que ha sido para que yo no sufra: véte, y piensa en anoche; huye, y que no te pillen para que yo no me muera, Paco de mi alma!

Resistióse Paco á partir, y con esta causa, los que no sabían lo ocurrido á Paco la anterior noche, acabaron por enterarse y le mira-

ban con ojos de asombro. Clarita seguía en su llanto en un extremo y hablábale la otra. Llegó la noticia al tío Jenaro y rugió porque no pudo levantarse para abrazar á Pacurro.

—¿Con que alijo y palos á la ronda?—gritó con alegría plena:—¡Olé por la gracia fina de los mozos! ¡Juanela, mi retaco, huyendito!

Habíase descompuesto el jolgorio y Juanela seguía suplicante, cruzadas las manos y llenos de lágrimas, de cariño y temor los lindos ojos. Iba á contestar Pacurro, cuando se oyó este grito que nadie supo de donde salía.

—¡Los civiles!

Fué grandísima la confusión entonces: unos se arremolinaron y otros se escabulleron; nada tenían

que temer, pero unos amaban de veras á Pacurro y otros rehuían las trabazones judiciales. Clara se plantó de un salto más junto al contrabandista, sin que éste se apercibiera de tal acción, porque no sabía lo bien amado que era por la muchacha. Vió Juanela á Clarita, y en sus magníficos ojos, llenos de lágrimas, vibró un relámpago sombrío; los civiles estaban ya á poca distancia de los de la fiesta.

—¡Apártate! dijo con salvaje decisión Juanela á Clarita.

—¿Qué te has figurado hija?

A mí me corresponde y sobra conmigo.

La empujó colérica y sintió Clara que el corazón se le hizo pedazos con aquel tratamiento, pero calló por Pacurro. Llegaron los guardias.

F. Alberti

BIBLIOTECA · Granada · UNIVERSIDAD

Habíase dirigido Juanela á su novio, cuando acabó con Clarita.

—En el cobertizo de fuera está *Miñona*,—le dijo—ya no lloro; ó te vas ó no te quiero.

Inclinó la cabeza Pacurro y se escurrió por entre las personas apiñadas á su alrededor; los guardias preguntaron por él.

—Ahora se vá y no puede esperarse,—contestó Juana.—Está muy de prisa...

Los civiles volvieron el rostro entonces al sentir el galope de un caballo: Pacurro escapaba con *Miñona*.

—¡Apunten, fuego!—gritó el que mandaba la fuerza. Sálieron algunos tiros y la jaca siguió galopando; entre el silencio de la noche sentíase, mezclándose con los ecos

de las herraduras la voz alegre de Pacurro que gritaba:—¡Alza, *Miñona*! ¡Corre chiquita!

III.

Fuéronse los guardias y se deshizo la fiesta. La hija del tío Jenaro llevó á parte á Clara.

—Perdóname—le dijo dulcemente, y la echó los brazos al cuello; la besó Clara en la boca y se echó á llorar.

Alejáronse todos y la casa quedó comó desierta; el viejo estaba desolado y pidió que le acostasen; Juanela se fué hacia la ventana del

penacho, las culebrillas y las hojas; allí estuvo pensando largo tiempo. Recordaba las noches hermosas que pasó en coloquio de amores con el amante Pacurro; sus planes para la vida futura, cuando estuviesen unidos; el feliz gracejo y el requebrar dulce del novio; sus hermosas y correctas facciones y sus ojos que parecían arder. La luna iluminaba claramente, detallando con precisión los objetos; el campo estaba silencioso; distinguíanse desde la ventana unas higueras que ponían en el sembrado obscuros mancharrones; oíase más clara que anteriormente la canturia monótona del grillo; en el establo próximo rumiar de bueyes y algún ruido, de tiempo en tiempo, de la tabla que tiraban ó el

roce del cordel en los tablones del tinado; en el corral, oíase también algún que otro revoloteo; cubría la llueca sus polluelos con magestuosa calma, esperaba el gallo gravemente la hora en que Pedro negó á Cristo y las demás gallinas dormitaban pacíficamente con la tranquilidad del justo, sin tristezas en el presente y sin tristezas para lo porvenir. Por la parte de afuera, la parra, cuyas hojas parecían como querer erguirse, exhuberantes de vida con la savia fresca del rocío de la noche; caía sobre ella la luna, filtrando por el cielo de hojas sus luces, y llegando al suelo para dibujar suaves y misteriosos alicatados; de los cañizos colgaban algunos cacharros del riego; las enredaderas trepaban por la pared,

semejando duendecillos que asaltaban en turbión el dulce y poético nido solitario entonces de Juanela, sí, que Juanela estaba aún en la ventana, con el oído atento y la mirada ansiosa. ¡Que esperaba! ¡Que esperaba, triste de ella! Hallábase inmóvil, muda, con el rostro pegado á los hierros y despreciando indiferente las caricias que las campanillas azules le hacían en los ojos; escuchaba atenta; de la alcarraza, limpia, oronda, reluciente colgada de su cinta azul en la traviesa del emparrado, escurría el agua fiiltrándose por los purísimos poros; deteníase en el exterior del fondo, íbase formando la gota, lenta, dulce, cristalina; titilaba un momento, despegábase de la que se iba formando otra vez y caía

acompasadamente en sordo golpe que á Juanela parecía fatídico. Maulló un gato en aquel instante y cantó el gallo al mismo tiempo; ante aquel ruido más pronunciado los otros parecieron detenerse, y toda la campiña quedó silenciosa; entonces Juanela se irguió de pronto como tígre espantado y en sus ojos magníficos, llenos de lágrimas brilló una centella de feróz alegría; estremeciéndose, con las manos apretábase el pecho sin sentir el dolor que á sí misma causábase. Con el rostro encendido, la mirada fija y anhelante y la cabeza inclinada, permaneció algunos segundos, escuchando con agonía tremenda. ¡Sí allá, lejos, muy lejos! era un ruido vago, sordo, que iba después creciendo; Juanela seguía

en igual actitud, y sus uñitas sonrosadas rompían la seda del corpiño y entraban en la carne nívea de la hermosa; aquella carne dura, fresca, agitada en aquel momento con angustias violísimas.

—¡Ay mi Pacurro!—gritó al fin en una explosión terrible y apasionada; había escuchado un silbido largo, agudo; un silbido de esos que espantan, que parecen nacer entre una breña, un zarzal ó una cañada de los campos de Andalucía, y que se piensa irremisiblemente, al escucharlos, en aquellos selváticos laberintos de Sierra Morena, y en el trabuco naranjero de José María ó Juan Palomo.

Salió Juanela precipitadamente de aquella habitación; dirigióse á otra; abrió allí una ventana, que

había sin reja; el ruido que oyó primero, se hizo más pronunciado, y más y más á cada segundo transcurrido.

—¡Es *Miñona*!—y esperó, temblando de ansiedad. De repente se detuvo *Miñona* ante la ventana.—¡Paco, Paco de mi alma!

Pacurro chascó la lengua.

—La suerte, hija—contestó sin precipitarse—acabo de tumbar á otro. ¡Pobrecillo!

—¿Y huyes?

—¡A Portugal! pero te vienes conmigo.

—Vete, por Dios.

—No, vente.

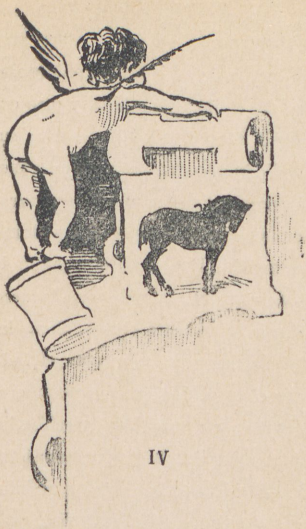
Escuchábase el galopar de otros caballos.

Juanela saltó por la ventana, Pacurro la cogió en sus brazos.

T. Albert

—¡Bien por las mozas de rumbo —decia.— Anda, *Miñona* — gritó luego, y escapó la yegua frenéticamente.

Algunos minutos después atravesaban como un rayo por delante de la puerta cuatro ginetes.



IV

Pacurro había tenido que hacer cara por un momento á los civiles, por su deseo de no separarse de la casa del tío Jenaro, sino volver á ella, como así lo hizo. Tuvo

la suerte de herir á uno; enfureciose el que los mandaba, y juró coger á Pacurro vivo ó muerto; sucedió lo que siempre pasa en aquellas regiones, donde la sangre parece amasada con pólvora y plomo derretido. Puesto ya el negocio de esta manera, la vida de Pacurro corría inminente riesgo. Conocíalo así Pacurro, y jugaba el todo por el todo. No quería esconderse en uno de aquellos mechinales nauseabundos de que disponían los encubridores y bandoleros andaluces, porque era la deshonra para Pacurro, y estremecíase á la idea de tener que *echarse á la vida*; él era un valiente, que ni mataba ni robaba, sino que vivió hasta entonces de su trabajo de contrabandista; su delito, según él, consistía en

infringir un bando del Gobierno, y este delito para hombres como Pacurro no era deshonroso, ni lo es todavía.

Y huye diciendo Pacurro á Juanela todo lo anterior en estilo llano y sin ambajes, intercalándolo con palabras que dirigía á *Miñona* y alegres requiebros á la mozuela:—¡Que sí, prendecita mía, que tú lo sabes y tu Pacurro se muere por tus huesos! ¡Juc, *Miñona*, que no me pillen! ¡Vaya, mi corazoncito, como se sostiene á caballo, *asina* que si *mujé* y caballo fuera una misma persona!—¡Y como Juanela murmurase algo!—¿Me hablas tú del viejo, diosesillo mío? Quo no te dé sentimiento de venir como una cualquiera. ¡Calla, que me hace daño oirte; y como sigas así, vuelvo

grupa y me pongo delante de los civiles; ni tú eres una cualquiera, porque vas conmigo, que yo te llevo, ni á tí te falta nada mandando en mí, con tus ojos, que me los voy á comer á besos, ni tu padre tendrá ni una miaja de dolencia, sino mucha alegría de saber mi conducta... ¡*Miñona*, chiquita! ¡Anda, valiente, que tú no conoces ni te podrás figurar con todo el talento que tienes, lo que llevas en el lomo, y yo agarradito en mis brazos!... ¡Anda *Miñona*, resalá de mis entrañas! En cuanto que lleguemos á Portugal que llegaremos hoy, que tenemos que llegar porque sí, ni los reyes, ni las emperatrices tendrán que ver con la personita juncá de mi concencia y arrimo, que va echando chorritos de lumbre por todas par-

tes, y por los ojos que yo camelo, y las manitas que camelo también, con cada pelucona que tengo yo guardada para ella, que quita el sentido, con su lustre y alcurnia fina... ¡Salta, *Miñona Miñona*! Así corría vertiginosamente por aquellos caminos, y vericuetos; parecía comprender el noble animal el apuro de su amo, y dejábase atrás en un segundo gran terreno, los tupidos maizales, las grandes hazas de trigo, los viejos algarrobos, como filas de gigantes formados en la sombra, los caseríos blancos que iluminaban la luna; veía Juanela que todo quedaba atrás, como arrancado á tirones de su retina por la mano de un coloso; atravesaron así la campiña en extensión enorme, Pacurro arru-

llando á Juanela, animando á *Miñona* y maldiciendo á los civiles que le perseguían.

—¡Ala, *Miñona*!—gritó de pronto como en un bramido de tígre rajándola el vientre de un espolazo. Había sentido detrás una carrera precipitada; conoció *Miñona* el peligro, relinchó de dolor y apretó la marcha con desbordado ímpetu. *Miñona* comenzaba á fatigarse aunque no daba todavía muestras de ello; pero Pacurro, como gran inteligente, lo conocia y desesperábase hasta lo sumo; era su desesperación extraña, desahogábase hablando con *Miñona* más que con Juanela; decíale palabras dulces, que hubieran hecho reir ó enternecer el corazón de una manera profunda. Pacurro ofrecía á *Miño-*

na todo lo que antes ofrecía á Juanela, sobre poco más ó menos; le iba á comprar zapatos de oro y unos zarcillos con más lumbres que los del rey que rabió, al cual rey tuvo él lugar de conocerlo en cierta huida que á pueblo remoto hizo por un percance contrario á la facultad; si le plantaba *Miñona* en el otro lado de la frontera, le compraría también una montura nuevecita y le haría su *retrato* fino al óleo, que corriera por toiticas las partes del mundo para *conocencia* de los demás caballos y animales de cuatro patas, de que era la *Miñona* muy cumplida en los trabajos, muy señora y muy decente; sin contar con que se había acabado para ella la cuadra y que tendría cama de caoba y mesa y man-

teles finos, y vasos de plata, y que estaría *an iguá* que una princesa encantada de su caballo. *Miñona* corría escapada, pero disimulando bravamente el peso que llevaba encima. Uno de los civiles habíase adelantado á los otros.

—¡Párate! párate ó te tiro!—gritáronle de repente á Pacurro. Rugió el contrabandista y lo que sucedió entonces fué extraño, terrible, monstruoso: echó mano al trabuco, levantó la llave, imprimió las rodillas de una manera particular en el vientre de *Miñona*; volviose *Miñona* rápida, se cuadró en firme, Juanela cerró los ojos y retumbó un trabucazo. El civil cayó á tierra y *Miñona* siguió escapada. Habíanse salvado por entonces, y tal vez haría perder la pista á los

F. Albert

otros. Juanela rodeó el cuello de Pacurro con un brazo, recostó la cabeza contra su pecho.

—Tengo frío—dijo con mucha dulzura.

—Yo te lo quitaré prenda.

Cogió Pacurro las bridas con los dientes, sujetó con una mano á Juanela, aunque no le necesitase, que sabía mantenerse firme, deshevilló con la otra unas correillas y á los pocos segundos las borlas de colores de la manta jerezana en que había sido envuelta, se mecían confundiéndose con los alamares del aparejo de Miñona.

V

Siguieron caminando algún tiempo; más tranquilo Pacurro, hizo que *Miñona* aflojase la marcha. Indudablemente los compañeros del otro á quien echó á tierra, le encontrarían en el camino, deteniéndose por esta circunstancia. No se desvió por eso Pacurro de la conducta que se trazó de entrar en Portugal: era su intento aquel, y

testarudo además de bravo, nadie se lo quitaría de la cabeza, aunque lo hicieran pedacitos en el trayecto ó tuviera que luchar á trabucazos con un escuadrón de caballería. Inspeccionó el terreno ávidamente. Convencido ya, dirigióse á la derecha, y después de un cuarto de hora, detuvo el caballo ante una casa de pobre aspecto. Abría la puerta en aquel instante un pedazo de hombre como un demonio, limpia de pelos la cara y con un espantoso chirlo en ella, pañuelo de coco liado en la frente, calzón hasta la rodilla, chaleco con broches de metal, medias toscas, zapatos de becerro y camisa que hubiera ya sentado perfectamente en el ladrillo; este hombre sin igual era el que abría.

—¡Hola Pacurro! ¿Tú por aquí?

—¡La suerte, Tate! Decía esto Pacurro al mismo tiempo que se apeaba, recibiendo á Juanela en sus brazos para colocarla en tierra. Dirigiéronse en su estilo y muy amistosamente, sendas felicitaciones Pacurro y Tate.

—Oye, habló el contrabandista; esta real hembra que tú ves aquí, es mi mujer, que nos casaremos en llegando que lleguemos á Portugal. ¿Tú, sabes? De modo y manera que como vienen detras de mí unos señores militares, en comiendo alguna cosilla que comeremos, ya tienes tú que salimos volando otra vez por esos mundos como almas en pena; con que anda y busca tú quien se lleve á *Miñona* al otro lado de esta casa para lo que pueda

ocurrir, que yo soy prevenido y á mí no me la pega nadie.

Hízose como Pacurro indicó, y fué llevada *Miñona* á un sitio oculto conocido por él, allí quedó forrándose, en tanto, de lo lindo, con rica avena y rubio grano, esperando quizás el tiempo mejor de zarcillos flamantes, cama de caoba, zapatos de oro, vasos de plata y mantelería fina.

Almorzaron los novios opíparamente, pero como lo permitía el tiempo y la ocasión; enorme tasajo fiambre, y vino de aquel, dulce y ardoroso á la par como la mirada de una vacante andaluza.

Sintióse acometida Juanela repentinamente de gran inquietud, sin que pudiera comprender el amante en un principio lo que sucedía; asomá-

F Albert

Iase ella á la ventana á menudo, mirando con avidez hacia los árboles; volvía luego los angustiados ojos á Pacurro, y éste comprendió al fin. Sí, Juanela sospechaba que los perseguidores hallábanse de nuevo en la pista; pero no quería hablar de ello al novio, por no molestarle con lo mismo que la martirizaba, y porque no la creyese Pacurro apocada y aprensiva; lo mismo ocurría al amante; pareció inquieto, no por él, sino por su simpar Juanela. «¡Qué demonios de hombres aquellos, tan útiles siempre para dar caza á quien se proponían!» Así pensaba el mozo mirando á Juanela y como ésta fijase también en los de Pacurro sus inquietos y apasionados ojos:

—Oye—dijo él—¿qué tienes?

—Nada, nada—contestóle.

—¿Nos vamos?

—No, no, espérate; mira, ¿qué ves allí?

—¡Bah!—dijo él con acento que sonó á doble de campana en el cerebro de Juanela.—¿Ya lo sabes? Bueno, seguirá la danza, Juanelilla, porque yo no me entrego... digo á no ser que tú me mandes otra cosa.

Ella le miró enamorada y se colgó á su cuello.

—Pacurro; contigo, contigo siempre—exclamó echándose á llorar. Dió un grito de pronto y se apretó á Pacurro. Había sonado un tiro; la bala entró en la habitación, rompiendo un cuadro negro, cuyo cristal cayó hecho añicos.

El contrabandista bramó de có-

lera y miró hacia los árboles; se distinguieron los tricornios de los civiles. «¡Si hubiera podido saber Pacurro el número de hombres que allí había!

—¡Tate!—gritó rabioso. — ¡Ven aquí corriendo!

Esperó impaciente, y llegó Tate, no corriendo, sino muy despacio.

Miráronse un momento; Pacurro, indómito, colérico; el otro, risueño, pacífico; parecía á Januela el contraer de sus labios al sonreir, canillas de muertos que se doblan para romperse.

Los ojillos de Tate erraban con viveza de un lado para otro; miró los cristales rotos: caídos por el suelo, el hoyo que hizo la bala en la pared, los cañones de las carabinas que relucían á los lejos, el

semblante angustiado y hermoso de Juanelilla, y chascó la lengua como en desmostración de que alguna cosa agradable deleitaba su paladar; parecía un monstruo entonces, con su cuerpo grandullón, su pañuelo por la cabeza, su feroz risa, sus ojos chispeantes y su espantoso chirlo violado. Pacurro le miraba sombriamente, comprendiendo lo que significaba la satisfacción de Tate; parecíale ya contemplar la lucha; escuchaba los tiros y olía la sangre.

—¿Podemos salir?—le preguntó.

—No—dijo.—¡Estais cercados! No se incluía al responder así; el instinto de bestia haciale á él mismo creer que no podía figurar entre racionales.

Miró Pacurro á Juanela con do-

lor intensísimo y poco disimulado

Comprendió Juanela el sufrimiento de Pacurro; el valiente sentíase por ella miedoso, y esto la halagaba, la hacía feliz, dándole fuerza y bríc; volvió á ser la Juanelilla de la parra, fiera y arrogante.

Se contemplaron en silencio los dos enamorados, felices, locos de ventura, adivinándose mútuamente sus ideas en aquel momento. ¡Iban á morir juntos!

Tate había salido cuando acabó de hablar, y entraba entonces más sonriente, más feroz, con un haz de carabinas en los brazos; lo menos había diez, sin contar el trabuco naranjero del famoso contrabandista.

—¡Ah, demonio!—gritó Pacurro

al verle; le comprendió al instante.

Sonó otro tiro entonces, allá lejos, entre los árboles, y otra bala penetró en el aposento ocupado por la pareja; Juanelilla y Pacurro se miraron nuevamente; no había miedo ni indecisión en aquella mirada: había cariño. Conocíase que los civiles estaban dispuestos á *mecharlos* como no se entregasen; así hablaba Pacurro, muy bajito revolviéndose como un lobo.

—Vamos, preguntó ella de pronto y si te cogen ¿qué te harán?

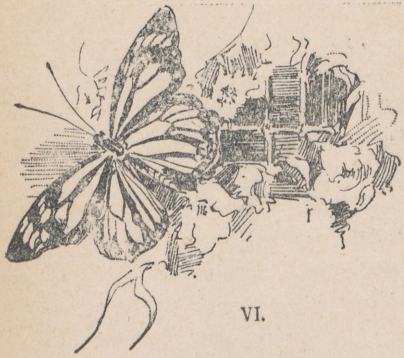
—¡Nada! Me ahorcan, si no me matan al cogerme.

Oyó la contestación Juanela y tembló de ira.

—¡Trae!—dijo saltando como una pantera, al de las carabinas y cogiéndole una. Garrida, hermosa,

resplandeciente de luz, como angel caído, llegó á la ventana, alzó la carabina graciosamente con movimientos que marearon á Pacurro, ¡apuntó! hizo fuego y fué la bala á meterse en el cuerpo de uno de los perseguidores

La señal de combate estaba dada; Pacurro abrazó á Juanela y Tato rugió de gozo



VI.

No os extrañe la acción de Juanelilla; tenía ella tesón desgraciadamente para esto y mucho más que se hubiese ofrecido; se educó la moza con iguales principios que Pacurro; hija era de contrabandista, de contrabandista era nieta y por todo su abolengo le salía el contrabando á montones.

Dormíase Juanela cuando niña oyendo historias de mujeres bra-

bras, y su madre y todas las mujeres de su familia dieron ejemplo de aquellas historias no eran verosímiles; sobrina era Juanela de la Pola, y con eso se dice todo; quien no tenga noticias de esta contrabandista afamada ni sabe lo que significa contrabando, ni comprende todo lo que tiene de bello tal oficio para las imaginaciones exaltadas de aquellos meridionales con alma noble y cerebro de humo; era la Pola fea, para no faltar á lo cierto; fea y agraciada, con donaire en el cuerpo y el pico de oro, que cautivaba y atraía; sabíase por demás Juanela, que para la Pola se quitaron siempre el sombrero ladrones y contrabandistas, y que era una gran dama en lo tocante al respeto que la tributaron todos; por

algo tenía muchas casas para habitar ella sola, decoraditas con lujo, con mudos artesonados y mucha cristalería y mucho sahumerio fino; sabía también Juanela, para que nada quede sin que yo diga, que en echando mano la Pola en mitad del camino á su retaco vistoso, donde ponía la vista ponía la bala, aunque fuese á galope tendido en su potro cordobés, fogoso, pequeñito y entallado como señorito dengoso. Tal fué siempre la guapa tía de Juanela, mareando á todas las horas del día y de la noche principalmente, á las autoridades, al resguardo y al Gobierno, con los alijos escandalosos que metía en la población, serena siempre, decidida, y con su retaco afianzado; vestía ella de hombre, con su

calañez de felpa, redondito, airoso, su chaquetilla corta, su calzón fino hasta la rodilla, sus medias de seda, sus zapatos bajos, su faja ceñida y en la faja el enorme cuchillo para zanjar asunto cualquiera que se ocurriese. Como si todo esto hubiérase agolpado de pronto á la imaginación de Juanela, enorgullecida y brava, como por el espolazo de tradicionales glorias, fué la primera en animar á Pacurro, y por cierto que no lo necesitaba éste; cuando vió el contrabandista lo que Juanela hizo, todas sus inquietudes desaparecieron y sin que parezca anómalo empezó á presentir porvenir dichoso, cielos esplendentes y alegrías divinas.

Echó también mano á una cara-

BIBLIOTECA DE ANDALUCÍA Granada

bina de Tate, pero notó después que la gente de la arboleda no contestó al disparo de Juanelilla; permanecieron cuidadosos; alguna cosa nueva pensarían sin duda los del benemérito cuerpo. ¿Qué sería? Echábase á volar la imaginación de Pacurro sin que diese con las causas.

No podían asomar la cabeza mucho tiempo; los proyectiles hubieran acudido al blanco en profusión asombrosa.

—¡Tate!—dijo Pacurro.

Se aproximó éste con su gran cicatriz del rostro, contraída por la risotada que siempre parecía dispuesto á lanzar.

—¿Hay *luces* á todos los lados de la casa?

—A todos: ventanillos por la es-

palda, balcones á los lados y la ventana aquí.

—Bueno; Juanela, te quedas ahí; cuando uno salga de los árboles ¡fuego! ¡Ven Tate!

Empuñó Juanela el arma, Tate siguió á Pacurro, registró éste la casa, cerciórose de que era cierto lo que había dicho el encubridor, que no era otra cosa Tate.

—Bueno—díjole también.—Tato quedas aquí, mira, indaga, curiosea, llama al momento, cuando algo notes.

Anduvo Pacurro de un lado para otro, asomándose, ya á los balcones, de pronto al ventanillo.

—¡Paco! ¡Paco! ¡Ven corriendo! —gritó así Juanela esasperadamente.

Voló Pacurro al puesto y ya

apuntaba la hija del tio Jenaro á un pequeño grupo de civiles que parecía alejarse.

—No, no—dijo Pacurro.—Se van.

Se detuvo Juanela y los civiles siguieron hasta perderse de vista; los alrededores permanecieron silenciosos; el sol seguía abrasando la Sierra; á nadie se distinguía: de vez en cuando las cigarras escurríanse con su monótono canto; no parecía, en verdad, que á Juanela, Pacurro y Tate amenazaban próximas desgracias, según estaban de tranquilos y seguros. El contrabasdista siguió inspeccionándolo todo, disponiéndolo, y arreglandolo. Tate permanecía sin hablar, disimulando torpemente la impaciencia que sentía por descerrajar el primer

tiro. Juanela adusta, encendida, oprimido el pecho por mortales ansias que le iban acometiendo, pero disimulando mejor que Pacurro las suyas por Juanela, y mejor que Tate sus alegrías recónditas.

La una de la tarde sería cuando Tate lanzó un gruñido sordo que vibró en lo profundo del corazón de Juanela. Pacurro le oyó al mismo tiempo y corrió á Tate. Allá lejos podíanse divisar los tricornios de los guardias, aunque para divisarlos era preciso tener buena vista; eran, sin duda, los que salieron de entre los árboles. Separose Pacurro del ventanillo y llegó á un balcón. Miró con avidez; también avanzaban por allí otros guardias; por el otro balcón lo mismo.

—Juanela—gritó Pacurro—¿Vienen?

—Sí.

—Por todos lados—rugió él.—Apunta Tafe—gritó luego.—Apunta Juanela—y Pacurro apuntaba al mismo tiempo.

—¿Están ya á tiro?

—¡No!—contestaron.

—¡Que encañonéis bien! os encargo.

Pacurro quedó silencioso entonces; y veía avanzar á los guardias sin que dejase de apuntar.

—¡Fuego!—gritó de pronto. Escucháronse las detonaciones y cayeron tres guardias. Detuviéronse éstos para atender á los heridos.

Pacurro estaba pálido como un cadáver. Corrió á Juanela.

—Juanela de mi alma—exclamó

como si el corazón le hubiese dado un estallido. Juanela le miró tranquila; parecíase en aquel instante al genio de la muerte con el rostro adusto, la mirada sombría, la frente preñada de nubes, y el levantado seno, robusto y exhuberante, como nuncio de femenil fortaleza y valiente contra la fatiga.

Soltó la carabina Juanela, cogiendo después ansiosa las manos de Pacurro.

—¿Qué tienes? — le preguntó.

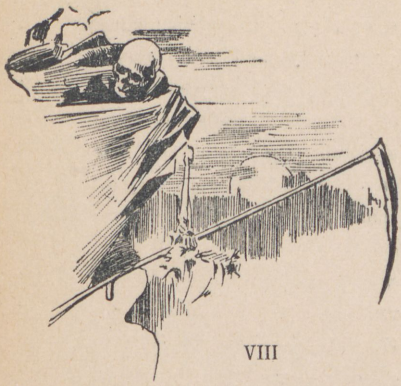
—Levanta la cabeza, hombre; defendamos la vida y defendamos nuestro cariño; primero nosotros y venga lo que viniere; tu eres fiera y yo he de serlo también; puesto que hembra tuya soy. Nos irritan, nos enfurecen, nos acosan y mordemos y herimos; no está la culpa en nos-

T. Alberti

otros; que nos dejen tranquilos y no molestaremos á nadie. ¿Ves tú ese?—Añadió de pronto mirando á Tate.—Ese tiene la culpa de todo esto: se me está figurando que sí, porque no le pierdo de vista; le deleita y le emborracha la sangre, y la bebería, á ser posible como e Jerez ó el Málaga; no quiera Dios que yo me cerciore de esa verdad, porque le haría pedazos á él, sí, pedazos, á ese que tu estás viendo; á Tate. A Tate va á sucederle una cosa muy negra por mi causa, si llego á salirme con la mía; serénatepues, que estás pareciéndome un cobardón; que no tenga yo que dar ánimos y fortalecer al valiente, á quien yo quiero porque fortalece y anima; que no haya que decir, y miren los hombres por la negra

honra; yo se que tú temes por mí Ya ves; por mí nodebe temer nadie, ni tú tampoco, en siendo amigo mío y queriéndome; una cosa te advierto para acabar: Tate ni es amigo mío ni me quiere.

Acabó de este modo, y sin mirar á Pacurro—¡Trac!—dijo y le señaló la canana. Paco le dió un cartucho, metiólo ella en el cañón de la carabina, echósela al brazo y se fué á la ventana.



VIII

Retiráronse los civiles, levantando á los heridos; Pacurro les observaba con interés, y Tate sonreía de aquel modo que causaba repulsión y frío.

Trascurrieron las horas, sin que volviesen á molestarles; allá, entre la arboleda, cuartel general que podría llamarse de los sitiadores,

se notaba algún movimiento; iban y venían sin que Pacurro se explicase el motivo. Declinaba la tarde; el sol trasponía tristemente como el día anterior; pero ¡ay! su tristeza no podía ser ahora, porque marchaba sin ver el *jaleo* jacarandoso del baile, en Juanela y Pacurro, sino por miedo de iluminar otra vez con su lumbre dorada la gentil pareja, que horas antes danzó con entusiasmo ardiente.

Pegábanse los reflejos á los sembrados de la campiña, como beso melancólico de despedida que la tierra y el sol se daban; escuchábanse los trinos de los pájaros en las alturas, y en los nidos formados entre el ramaje frondoso de la arboleda, oíase también el piar de los hijuelos, esperando pacientes

el crecimiento de alas para tomar el *tóle*; había cesado la cigarra su canción monótona, cediendo la voz respetuosamente al grillo, que ya había levantado alguna vez su vocecita aguda, como por vía de prueba, bajo las anchas hojas de algún sarmiento ó en el huequecillo que los terrenos hacen en el sembrado.

Triste presentábase la noche, triste y sin luna, con nubes que la velaban. Fingiendo Pacurro estar alegre como unas castañuelas, preparó lo necesario para marchar; la *fealdad* de la noche había de favorecerle; que en logrando él subir á Miñona, con Juanuela, salía de apuros sin remedio. Caminando iban Tate, primero, y Pacurro y Juanuela detrás, cogidos de las manos; no hablaban y era el rum-

bo de los tres hacia unos jarales próximos, donde estaba oculta Miñona.

Marchaban así, cuidadosos, alentando apenas, extremecidos de incertidumbre. Juanela no tenía miedo, pero apretaba con su mano temblorosa la de Pacurro á cada instante, creyendo ver en la silueta de tal ó cual árbol, el cuerpo inmóvil de un civil, serio, espetado y bigotudo. Paco tenía temor también por su Juanela, y sucedía con esto, entonces lo de anteriormente, desde que salieron de casa del tío Jenaro; que el miedo mutuo por lo que pudiera ocurrir al otro al mismo tiempo que la bravura y osadía propia, hacían de ambos corazones yunque amartillado una vez y otra por distintos sentimientos.

F. Alberti

—¡Alto!—Sintieron de pronto el terrible grito, y no les pareció tal, sino cañonazo que en la cabeza les disparaban.

—¡Vente, Juanela, vente!—exclamó Pacurro, bajo y suplicante y sin soltarla de la mano. Tiró de ella hacia otro sitio para ver el modo de encontrar salida. Una detonación les hizo comprender que eran perdidos, como no retrocediesen al momento. Abrazó Pacurro á Juanela, preguntándole ansioso.

—¿Estás herida?

—No, dijo ella enérgicamente; vamos.

Tomaron otra vez el camino de la casa. Cuando allí estuvieron se atrancó la puerta; no había otro remedio que morir peleando, reventar de cólera y quedar hechos

pedacitos primero que rendirse; «No; que sería vergüenza y bochorno.» Los manes de la Pola y demás contrabandistas famosos que estuvieron en el reino de la *gloria*—una gloria construída en celestes regiones de propio intento para los espíritus superiores del oficio—debieron ser invocados aquella noche famosa en la vieja casa de Tate, por el buen mozo, honor de la historia del contrabando antigua y contemporánea, y la hembra guapota y furibunda que alentaba á la pelea, con igual donairoso desparpajo que ella peleaba.

No había, pues, salvación posible; miraba Pacurro á Tate, como pidiéndole consejo y encogíase él de hombros sonriendo con aquella encantadora repulsión de siempre.

Juanela no habló; sentóse en una silla desvencijada, y con los ojos fijos en la pared iba recordando aquellos días de goces infantiles, aquellos tranquilos sueños de amor, amor que alentaba en su pecho antes aún de conocer á Pacurro, amándole, reverenciándole ya al presentirlo, y sentíase conmovida sobre todo, al recuerdo de aquellas plácidas noches de luna, cuando al detener Pacurro el caballo ante la ventana de la moza, quedaba ella sumergida en agradables languideces, al oir las rítmicas serenatas de cariño entonadas á su oído casi, por los ardientes labios del hombre, quedo, muy quedo, como se dan las esperanzas y las promesas, y sirviendo de intermediarios únicos, las verdes hojas y las cam-

panillas azules... ¡Ah! qué recuerdos, Virgen de la Consolación! Entonces estaba allí tranquila en su hogar, pasando la vida en espera del obscurecer de cada noche para que llegase Pacurro; parecíala sentír aún el revoloteo de las gallinas, el roce de la tabla y los cordeles del terrado; luego, en el silencio, el gotear de la parra, y contemplaba además, á la luz de la luna, las grandes higueras aquellas chumbas lejanas, los verdes racimos pendiendo entre las hojas del emparrado... Ay! aquella luna dulce y amante, apacible y tibia, pareciendo con la luz suave, madraza bonachona que sonríe de felicidad á su hija la tierra.

No interrumpió el amante estos pensamientos de la moza; como si

al comprenderlos quisiera respetarlos—no los interrumpió digo;—se dirigió lentamente á la ventana, desde donde por la tarde distinguíase la arboleda, y abrió un postigo con mucho recato. Tendió la mirada afanoso al negro horizonte como si quisiera hendir las tinieblas con el rayo ardiente de sus pupilas, pero nada pudo descubrir que diese algo á sus inquietudes. Así estaban los dos y Tate permanecía silencioso y sonriendo, enseñando los dientes limpios y enormes y cargando las armas de fuego con lentitud siniestra.

Clavó Juana en él las pupilas de pronto, y con la misma ansiedad con que Pacurro indagaba en las tinieblas, así quiso ella vislumbrar en el rostro impasible y sonriente de

Tate, algo de lo que pasaba por aquel bárbaro cerebro; secreto instinto decía á Juanela que Tate gozaba interior y horrible deleite por lo que ocurría á los enamorados, como supremo afán cumplido, de que el amor de aquellas criaturas, al atravesar tales pruebas, quedara impregnado de sangre y odio.

Callados permanecían los tres. Pacurro en la ventana, Juanela en la silla y Tate cargando los fusiles, cuando notaron de pronto, cierta fatiga en la garganta, molestias en la retina. Hiciéronse cargo inmediatamente de lo que era; por todos los huecos empezó á entrar humo. Habían puesto fuego á la casa.

IX

Instintivamente seguía Juanela clavando los ojos en Tate; parecía como con intenciones de hacerle una pregunta; contúvose y le volvió la espalda dirigiéndose á Pacurro.

La Guardia civil rodeaba mientras el edificio, estrechándole desde muy cerca, á causa de ser ellos pocos y no querer desunirse; era

difícil que los acorralados escapasen. El sargento, que mandaba la fuerza no cabía en su pellejo de gusto y con razón sobrada; relamíase de lo lícito; disponía esto y lo otro, desarrugado el ceño y alegres los ojos.

La idea de pegar fuego á la casa, habíale ocurrido, cuando desde la casa dispararon por última vez sobre los sitiadores: no insistió, pues, en el plan que tenía concebido, de rodearla y avanzar luego, todos á una. Tuvo semejante idea, tristísimos resultados, como ya habéis visto, y dió por consiguiente las órdenes oportunas. Quedaron algunos en acecho, y trabajaban otros como ganapanes, arrancando hierbas, matojos, el tomillo más reseco, lo que ardiera más pronto, y hacían

grandes gavillas. Avanzaba la tarde y los que permanecían en observación íbanse arrimando lentamente al castillo sitiado.—Exponer el pecho á las balas de esas furias .... No, no; repetía el jefe.—¿Para qué, si habíamos de quedar aquí todos?

Declinó la tarde, se puso el sol y llegó la noche, con el mismo afán y las mismas inquietudes unos y otros: á obscurecer empezaba y ya se iban aproximando más los civiles; sigilosamente rodearon de leña la casucha. Salía Tate con los novios cuando se preparaban á prender fuego. La actitud de los guardias, indicó á Pacurro lo inminente del peligro; estaban cercados: era imposible ya todo medio de lucha y la huida entonces más dificulto-

sa: densas nubes de humo, entraban por los tragaluces de los costados y la ventana del frente: sin duda iban á morir por asfixia para ser carbonizados luego.

Revolvíase Pacurro rugiente. Aquéllo era una infamia, aquéllo no era de hombres. ¿No eran tantos? ¿Porqué, pués, no habían querido pelear solos contra él? Escupía más bien que pronunciaba estas frases. Iba de un lado para otro; mesábase el cabello; se retorcía las manos —No, nunca,—exclamó fuera de sí; cogió el trabuco y abrió la ventana, pero dió un grito y se retiró precipitadamente; una monstruosa lengua de fuego habia entrado de pronto por la puerta que acababan de abrir; fuego asolador parecía la serpien-

te de llamas; vibrando, rugiendo, lamía con fuerza el marco y los postigos; desprendíase de aquí; agarrábase allá, corría, resbalaba, arrastrando por la pared, llegaba á las traviesas del techo, volvía otra vez atrás, por el camino empezado, como para recoger bríos en otras más fuertes, que, iban en tropel saltando; parecía como que la primera dejaba una escalera de oro de peldañitos que semejaban estrellas; se corrían hasta unirse convirtiéndose en festones dorados, concluyéndose al fin é inmediatamente por quedar en áscua, todo rojo, estallante, con el crugir á la vez de las maderas secas, el polvo que del techo caía, la atmósfera sofocante y un calor que abochornaba, que hacía ya daño; parecía

que las rojas culebras empezaban desde lejos á dar los primeros mordiscos en la carne. Desolada Juanela, corrió á Pacurro, sosteniéndole para que no cayese Allí estubieron, reclinados contra una pared casi caldeada, sin preocupación de que el otro los mirase; se abrazaron fuertemente, como queriendo reconcentrar en aquél último abrazo los que se hubiesen podido dar en el resto de una vida prolongada y dichosa: estaban allí los dos, siendo testigos de aquella felicidad suprema y terrible, aquél monstruo, que parecía escupido en la habitación por el llameante infierno en que todos iban á ser carbonizados.

Menos resistente Juanela, empezaba á sentir fuertísimas congojas,

y contemplaba con ansiedad inmensa al pobre mozo que en nada la podía socorrer. Crugían las techumbres y los tabiques; allá por el extremo de la casa, sentíanse ruidos siniestros de tejas que caían y paredes que empezaban á derrumbarse. Erale ya muy difícil respirar á Juanela y no podía abrir los ojos; creyó siempre que respiraba que los pulmones se le hacian pedazos. Alientos, sí tenía para apretarse á Pacurro, como su única salvación. ¡Oh, terrible egoismo del hombre, que nunca llega á comprender que es siempre la hembra indómita heroina del sentimiento, con el valor grandioso del sacrificio!

Desfalleciendo ya casi, estrechó á Juanela por última vez el hom-

bre; sus labios se entreabrieron para modular algunas palabras, y cuando él creía ya oir en aquellos labios, de los cuales tantas deliciosas ambrosías bebió: —¡Sálvame que me muero!—ella, más enamorada que nunca, sonriendo verdaderamente con tono que tenía mucho de celestial, entonces,—Paco—dijo—Paco de mi alma, déjame aquí por Dios, sálvate tú, que yo te querré siempre.

Se acusó el hombre de felonía, y sin contestar apretó en los brazos á su amada; aquel corazón de bronce, se ablandó al fin y brotó el llanto á los ojos del contrabandista; cogió luego con sus dos manos la gentil cabeza, la estrechó blandamente sobre una de sus megillas, y la besó en el cabello, aquel

cabello negro y lustroso, donde fueron á caer las lágrimas de la fiera.

Sintióse sorprendido de pronto, al notar repentinamente también, que Juanela se irguió iracunda, como leona en acecho, mirando sombría al otro extremo de la habitación.

—Espera, espera—le dijo muy bajo;—*mira ese*, sin apartar los ojos de aquel sitio. Miraba á Tate.

Lo mismo que sucedió á la enamorada, que prescindió de Tate para sus íntimas efusiones de cariño, había sucedido á Tate, que prescindió de ellos cuando se vió perdido sin apelación, para pensar en la muerte.

La horrorosa expresión que á su semblante daba la risa, había cam-

biado por otra de miedo ante lo inminente del peligro; crispaba los puños y se le erizaba el cabello, cuando sentía crugir en éste ó aquél lado los tabiques ó las techumbres. Mirábale Pacurro con expresión terrible de ansiedad y odio, pero sin dirigirle la palabra; conocíase que Tate quería ir á la puerta de la habitación, pero el miedo le paralizaba, por quitarle la voluntad y el dominio sobre sus facultades.

Era un horrible fenómeno el que se iba desarrollando rápidamente en el alma de Tate, sin que pudiera él comprenderlo ni definirlo. ¿Qué es el miedo? Si Juanela y Paco hubiesen tenido de sabiondos lo mismo que de aguerridos, seguramente en aquel instante no

BIBLIOTECA • Granada • JUNTA DE ANDALUCIA

lo hubiesen sabido definir tampoco, teniendo tanta prisa por apartar su cuerpo de las serpientes rojas que amenazaban enroscárseles.

Indudablemente, el viejo caserón, ó estaba más viejo ó peor acondicionado por la parte de atrás, ó fué que allí las llamas se levantaron con más furia; es lo cierto que se oyó de repente gran estrépito, producido por el derrumbe. Pacurro tembló; por vez primera; Juana se apretó á él convulsa, sin apartar los ojos de Tate.—Ven, Pacurro—gritó de pronto Tate. Había echado á correr y ambos le siguieron; atravesó el mónstruo algunas habitaciones que amenazaban ya derruirse, bajó, detúvose al pie de una, hizo no se qué maniobra, se abrió una compuerta, y en-

tró por allí. Pacurro y Juana que le seguían, respiraron ansiosos nuevo ambiente, y anduvieron así durante algunos minutos. La obscuridad era grande. Sintió de repente Pacurro que le andaban en la cintura; se echó mano y encontró la de Juanela.

—¿Qué haces? preguntó.

—Nada; dijo la moza secamente —tomar una pistola.

Andaba Tate, presuroso, como si el incendio le persiguiera; iban ellos detrás, sin que en su aturdimiento egoista, el encubridor los viese. Salieron á los pocos minutos de un callejón estrechísimo, llegando á una cañada, allí entre los jarales y las chumbas, donde fué *Miñona* escondida. A unos doscientos pasos, divisábase el incendio como

gran antorcha encendida en las negruras para iluminar la campiña; la Guardia civil rodeaba el edificio, que se iba ya derrumbando con gran estrépito, entre nubes de llamas, polvo y humo. El sargento no cabía en sí de gozo; habíase sentado sobre una piedra y con el sombrero en las rodillas, que le servía de carpeta para extender el parte, escribió al resplandor de aquella gran antorcha, cuyas lenguas de fuego iban de un lado para otro, como oleaje de mar encrespado.

Tate seguía corriendo.—No, parate ahora. Gritó Juanela así, cogiéndole de la faja fuertemente. Volvió el rostro él, y su mirada de basilisco, se clavó febril en el semblante de la hembra.

Así, reteniéndole—¿por qué has hecho eso?—preguntó sombría. Sin que el encubridor contestase, osaba desprenderse, y sus ojos de demonio despedían rayos.—¿Por qué has hecho eso?—repitió Juanela.—¿Por qué has consentido que se vierta la sangre de esos pobres primero que descubrir la salida?—Rugió Tate espantosamente y tampoco habló. Alzó Juanela entonces, y disparó sobre su cabeza. Tate cayó muerto.

—¡Juanela!—gritó Pacurro espantado. ¿Qué hiciste?

—Lo que te había dicho—respondió friamente—una buena obra por nosotros; lavar con sangre de este mal alma, la mancha que nos echamos con la de esos pobrecitos civiles que eran bravos y buenos.

F Alberti

¡Que tendrían madre, que tendrían mujeres ó novias!

Empezaba á escribir el sargento la segunda plana del parte; llevaba escrito en ella:

...y sin saber cómo, se incendió de improviso la casa, quedando los delincuentes *sepultos* entre los escombros ..

Detúvose al sentir una detonación; ordenaba ya á varios individuos que diesen una batida por los alrededores, cuando oyeron el precipitado galopar de un caballo, pasando *Miñona* al mismo tiempo próximo á ellos. Las llamas de la hoguera iluminaron el grupo que formaban Juanela, Paco y *Miñona*,

Dejó el asombro sin acción al sargento igual que á los subordinados; se oyó después un grito de ra-

bia, tremenda blasfemia, gran estrépito de la casa, derrumbándose del todo; á lo lejos el rumor de las herraduras, la voz de Pacurro:—¡Salta *Miñona*!—Allá iban, allá iban como fantasmas de la noche, cuya silueta borrosa quedó perdida al fin en las negruras.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Juanela, la misma Juanela, contó su historia, rodeada de curiosos hace algunos años, en cierta tertulia donde era muy amada. Erase la señora Juana por este tiempo una viejecita amable, de cabellos grises, de rostro arrugado y afable y angelical sonrisa. Vestía de negro

con mucha sencillez, luto que llevaba por su marido. Pacurro murió algunos meses antes, muy tranquilo en su lecho, con mucha beatitud en el alma y en el semblante. Preguntaron á Juanela llenos de curiosidad.

—¿Y qué os pasó luego?—No podían comprender que dos criaturas que así se colocaron fuera de la ley, hiriendo y matando, pudiesen vivir tranquilos.

—¿Qué nos pasó?—dijo la señora Juana con extrañeza.—¡Pues! Que llegamos á Portugal y estuvimos allí cuatro meses.

—¿Y luego?—preguntaron otra vez afanosos.

—Que volvimos á España.

—¡Jesús! ¿A España?

—¡Ya lo creo! Como teníamos

también nuestra *miajita* de padrino, nos dieron el indulto.

Reinó en la tertulia un silencio sepulcral. Era el único comentario que podía hacerse.

FIN

JOSÉ DIAZ DE QUIJANO
EDITOR
MARQUÉS DE URQUIJO, 8, HOTEL
MADRID.

OBRAS DE VENTA EN ESTA CASA

Actualidades. *Revista semestral ilustrada.*—Publicados los tomos correspondientes á los dos semestres de 1893 y 1894. Redactada por los más distinguidosescritores y los más populares artistas.—*Precio de cada ejemplar,* **5** *pesetas.*

Guasa Viva, de *Juan Pérez Zuñiga.*—Un tomo en 8.º, de más de 300 páginas, ilustrado por Cilla, Mecachis, Huertas y Grós.— *Precio,* **3** *pesetas.*

Pampiroladas, *del mismo autor.*—Un tomo.—*Precio,* **1** *pesetas.*

BIBLIOTECA DE FERROCARRILES

TOMOS PUBLICADOS

Recuerdos de antaño, por *Domingo Cuevas*..... *Pesetas.* 1'50

Surtidos para viaje *por varios autores...* Id. 1'50

A la buena de Dios, por *D. E. de Huidobro.* 2

BIBLOTECA ILUSTRADA
DE
AUTORES CONTEMPORANEOS

Pesetas.

TOMOS PUBLICADOS:

I.—**Piruetas,** por *Juan Pérez Zúñiga.*—Ilustraciones de Cilla, Mecachis yHuertas..... 2

II.—**Cuentos,** por *Enrique Sepúlveda.*—Ilustraciones de G. de Federico.. 2

III.—**Cuentos del lunes,** por *Federico Urrecha.*— Ilustraciones de Méndez Bringa, y G. de Federico. 2

IV.—**Marinucas,** por *Fernando P. de Camino.*—Ilustraciones del autor 2

V. —**Y pocas nueces,** por *Sinesio Delgado.*— Ilustraciones de Cilla..... ... 2

VI.—**Pasiones políticas,** por *Enrique Gaspar*..... 2

VII.—**Cuatro cosas,** por *Antonio Peña y Goñi.* 2

VIII.—**Mundanas,** por *Alfonso Pérez Nieva*..... 2

IX.—**Juanela,** por *M. Martínez Barrionuevo*.. 2

EN PREPARACIÓN:

X.—**El teatro en el bolsillo,** por *Rafael M. Liern*.....

XI.—**El Niño,** por el *Dr Tolosa La tour*..... .....

XII.—**Madrid viejo,** por *Ricardo Sepúlveda.* .....

BIBLIOTECA DE VIAJES

PUBLICADOS

TOMO I. — *Cuarenta leguas por Cantabria*, por **BENITO PÉREZ GALDÓS.**

Un día en Ronda.— Por las ruinas, por **J. ORTEGA MUNILLA.**

Una excursión á Plasencia y Yuste.— Las ermitas de Córdoba, por **MANUEL TROYANO.**

Playas y Cíclopes, por **ALFONSO PÉREZ NIEVA**, etc., etc.

Viajes de placer por **LUIS TABOADA**

UN TOMO ILUSTRADO.

PRECIO: 3.50 PESETAS.

2.200

-AN
-MSISC
-LB1

MADRID.—1895.
Imp. Rev. de Navegación y Comercio. —Marqués de Urquijo, 8.